

«Un retrato impresionante del imperio otomano y de Damasco en tiempos de crisis.

Absolutamente fascinante.» - PETER FRANKOPAN

EUGENE ROGAN

Autor de *Los árabes* y *La caída de los otomanos*

LOS SUCEOS DE DAMASCO

La matanza de 1860 y la formación
del Oriente Medio moderno



CRÍTICA

EUGENE ROGAN

LOS SUCESOS DE DAMASCO

La matanza de 1860 y la formación
del Oriente Medio moderno

Traducción castellana de
Yolanda Fontal

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2025

Los sucesos de Damasco.
La matanza de 1860 y la formación del Oriente Medio moderno
Eugene Rogan

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Damascus Events: The 1860 Massacre and the Destruction of the Old Ottoman World*

© Eugene Rogan, 2024

© de la traducción, Yolanda Fontal, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-747-4
Depósito legal: B. 5.368-2025
Impresión y encuadernación: Rotoprint
Printed in Spain - Impreso en España



Capítulo 1

EL DOCTOR MISHAQA ABRE EL VICECONSULADO DE ESTADOS UNIDOS EN DAMASCO

J. Augustus Johnson, el cónsul general de Estados Unidos en Beirut, estaba furioso. Llevaba tiempo intentando que las empresas mercantiles estadounidenses accedieran al mercado damasceno. Sin embargo, al carecer de una misión diplomática propia en Damasco, los estadounidenses salían perdiendo sistemáticamente frente a competidores europeos mejor situados que sí disponían de consulados en la capital siria. Johnson había confiado los intereses estadounidenses en Damasco al cónsul británico allí destinado, James Brant, quien no había hecho nada para abrir el mercado de Damasco a los comerciantes de Estados Unidos. Cuando una empresa estadounidense por fin consiguió su primer contrato en Damasco en 1859, el traicionero Brant movió los hilos para que las autoridades otomanas obstaculizaran el trato. Johnson llegó a la conclusión de que era hora de que Estados Unidos abriera su propia misión en Damasco.

A mediados del siglo XIX, Estados Unidos era un actor secundario en el imperio otomano. Aunque sus treinta y tres estados y sus diez territorios se extendían por todo el continente norteamericano desde el Atlántico hasta el Pacífico, el gobierno otomano no consideraba a Estados Unidos una nación que revistiera importancia política o económica y mucho menos aún equiparable a potencias imperiales europeas como Gran Bretaña y Francia. El

primer enviado estadounidense al imperio otomano presentó sus credenciales al gobierno del sultán en 1831. Los otomanos vieron oportuno corresponder esperando treinta y seis años para abrir una legación en Washington en 1867, lo que significaba que los diplomáticos estadounidenses recibían mucha menos consideración por parte de las autoridades otomanas que sus homólogos europeos. La discriminación molestó a los diplomáticos estadounidenses en la región.

El cónsul Johnson, en colaboración con Tabet Brothers and Partners, una empresa comercial con sede en Beirut que actuó como agente local, había conseguido una remesa de lana damasceña para el fabricante textil Dabrey and Cunningham de Boston. Los hermanos Tabet gozaban de la protección consular estadounidense y esperaban que el cónsul británico Brant defendiera sus intereses, dado su papel de representante de Estados Unidos. Sin embargo, Brant antepuso los intereses británicos. Cada vez eran más los buques de vapor que arribaban a Beirut con productos manufacturados británicos para el mercado sirio y los cónsules británicos ayudaban a sus capitanes a encontrar materias primas para volver a llenar las bodegas vacías de los barcos y rentabilizar el viaje de vuelta. Brant no tenía ningún interés en animar a los estadounidenses a competir por las limitadas existencias de lana en el mercado sirio, por lo que le pidió al gobernador otomano en Damasco que incautara la remesa estadounidense. El gobernador otomano accedió encantado y retuvo la lana de los hermanos Tabet en un depósito aduanero. Johnson no ocultó su indignación en la correspondencia que mantuvo con el embajador de Estados Unidos en Estambul, James Williams. Si querían tener alguna posibilidad de comerciar en esas condiciones tan traicioneras, los estadounidenses necesitaban su propio hombre en Damasco. El cónsul Johnson le propuso al embajador Williams al doctor Mijaíl Mishaga.¹

No era algo inusual que un hombre de la región fuera propuesto para el servicio consular estadounidense en los dominios oto-

manos. En línea con sus limitados intereses económicos en el Mediterráneo oriental, los estadounidenses mantenían una presencia diplomática modesta en tierras otomanas. Además del ministro residente, o embajador, en Constantinopla (actual Estambul), se destinaba a un funcionario del Servicio Exterior de Estados Unidos como cónsul en las grandes ciudades portuarias como Esmirna, Beirut y Alejandría. Estos cónsules supervisaban una red de viceconsulados con sede en puertos secundarios y ciudades del interior. Como medida de ahorro (costaba menos contratar a lugareños que desplazar hasta allí a estadounidenses) y también para beneficiarse de los conocimientos locales, los cónsules estadounidenses solían nombrar a cristianos de la zona para que ejercieran de vicecónsules en las ciudades más pequeñas sometidas a su jurisdicción. En los años cincuenta del siglo XIX, los vicecónsules sirios de puertos menores como Latakia, Trípoli, Sidón y Haifa informaban al cónsul estadounidense en Beirut. La mayoría presentaba sus despachos en árabe, que luego traducían los especialistas de la oficina de traducción consular de Beirut para el cónsul general estadounidense.

Mijaíl Mishaqa era, según la opinión general, el hombre más culto de Damasco.² Nacido en 1800 el seno de una familia greco-católica en el humilde pueblo libanés de Rishmaya, había viajado ampliamente por Egipto y Siria, había servido en las cortes de las casas principescas de Monte Líbano y dominaba muchos oficios. Natural de Monte Líbano, Mishaqa se estableció en Damasco en 1834 y, durante los veinticinco años siguientes, se convirtió en uno de los notables cristianos más destacados de la ciudad. Sin embargo, lo más valorado por el servicio consular estadounidense era que Mishaqa había abandonado en 1848 su iglesia natal para abrazar la fe protestante. Los misioneros estadounidenses no se podían creer su buena suerte. Tras llevar años en la zona y haber conseguido muy pocos conversos, estaban encantados de haber ganado para su fe a un hombre al que describían como «el árabe más inteligente y mejor informado» de la región. Los misioneros no po-

drían haber recomendado al cónsul Johnson a nadie mejor que el doctor Mishaqa.

Mishaqa fue testigo de muchos de los acontecimientos históricos que tuvieron lugar en Siria y Líbano en la primera mitad del siglo XIX. La historia de su vida refleja las crecientes tensiones que, en el momento de su nombramiento como vicecónsul de Estados Unidos en Damasco, estaban a punto de estallar en una violencia intercomunitaria sin precedentes. De hecho, su ascenso a la categoría de agente consular de un Estado occidental, con toda la influencia y los privilegios económicos que entrañaba este cargo, era sintomático del cambio de posición de las élites cristianas, que estaba generando peligrosos resentimientos en la comunidad musulmana. Nadie reflejaba mejor esos rencores que el gobernador otomano en Damasco, Ahmad Pachá, quien intentó por todos los medios bloquear la acreditación del doctor Mishaqa para el puesto en 1859, solo unos meses antes de que resentimientos similares y ampliamente compartidos se fueran exacerbando hasta desembocar en la violencia sectaria que se conoce como «los sucesos de Damasco».

Mijaíl Mishaqa fue un erudito extraordinario. Tenía cincuenta y nueve años cuando fue nombrado vicecónsul, y ya dominaba cuatro oficios. Comenzó su vida laboral como aprendiz de comerciante. Con solo diecisiete años, viajó al puerto egipcio de Damietta para aprender los principios del comercio de sus tíos maternos. Allí trabajó junto a su hermano mayor en la casa mercantil de su tío, donde ganaba un buen sueldo y empezó a ahorrar. Tras pasar tres años en Damietta, Mishaqa regresó al hogar familiar en Monte Líbano y puso en práctica sus dotes de comerciante entrando en el negocio de la seda. La seda era uno de los sectores más lucrativos de Monte Líbano, y Mishaqa se ganó muy bien la vida en los años veinte del siglo XIX exportando seda a Damasco.

La segunda profesión de Mishaqa fue la política, a la que accedió a través de las cortes de los príncipes de Monte Líbano. La

familia Shihab había reinado en Monte Líbano desde 1697. Gobernaban una sociedad compleja que estaba dividida en clases sociales rígidas. Las familias principescas, entre las que destacaban los Shihab, ocupaban la cúspide del poder y adoptaban el título de «emir» o «príncipe». Por debajo estaban los jeques o dirigentes comunales, seguidos de los plebeyos (campesinos, artesanos y comerciantes), que constituían la inmensa mayoría de la población. Estas divisiones sociales influían mucho más en la sociedad libanesa que las diferencias entre las numerosas comunidades religiosas que se habían refugiado en Monte Líbano a lo largo de los siglos: los cristianos maronitas, una Iglesia oriental que se había sometido a la autoridad del papa; los drusos, una escisión del islam chií que evolucionó a lo largo de los siglos hasta convertirse en una comunidad religiosa distinta; los musulmanes suníes y chiíes; los judíos; y los griegos ortodoxos y las muchas otras confesiones cristianas (incluida la comunidad greco-católica de Mishaqa, una escisión de la Iglesia ortodoxa que, al igual que los maronitas, se había sometido a la autoridad papal). Monte Líbano era una de las regiones con mayor diversidad teológica del imperio otomano.

De vez en cuando, las relaciones entre las distintas ramas de la dinastía Shihab gobernante se rompían. En los años veinte del siglo XIX, Bashir II (r. 1789-1840), el emir reinante en Monte Líbano, llamó al joven Mijaíl Mishaqa para que mediara con un primo disidente que se había aliado con un rival druso, el jeque Bashir Jumblatt. Tras acometer una infructuosa labor diplomática como intermediario entre los primos principescos, Mishaqa reconoció ante el emir Bashir que estaba perdido. «Vuestro servidor es experto en deducir incógnitas numéricas y cuantitativas, pero mi mente no es capaz de encontrar la manera de derivar la incógnita de este asunto político», explicó Mishaqa.

«La razón de tu incapacidad para resolverlo es tu falta de experiencia en política. Te enseñaré a descubrir esta incógnita», le respondió el emir Bashir entre risas.³

A principios del siglo XIX, la sutileza y la ideología brillaban por su ausencia en la política de Monte Líbano; todo era *realpolitik*. Cuando un príncipe se enfrentaba a alguien superior, como un gobernador otomano con un ejército más numeroso, se sometía. Sin embargo, cuando afrontaba la amenaza de un igual o un subordinado, golpeaba sin piedad. En 1825, el emir Bashir II atacó a su rival druso, el jeque Bashir Jumblatt, y lo derrotó en una batalla campal. El jeque druso fue capturado y entregado a las autoridades otomanas para su ejecución. A los príncipes disidentes de su propia familia que se habían aliado con el jeque Bashir Jumblatt los trataron con la misma dureza. Los más afortunados simplemente fueron ejecutados. Al resto les cortaron la lengua, los dejaron ciegos y los enviaron a casa en mulas para que sirvieran de advertencia a los demás sobre los peligros de desafiar el poder de Bashir. El emir Bashir II ejerció su autoridad en Monte Líbano durante más de medio siglo y se le llegó a conocer como «Bashir el Grande».

La violencia no disuadió a Mijaíl Mishaqa de entrar en política. Tras los acontecimientos de 1825, fue acogido en la casa del príncipe Shihab de la población montañosa de Hasbaya, donde fue secretario personal del emir Saad al-Din, un leal partidario del emir Bashir II. El gobernante de Hasbaya le concedió a Mishaqa vastas propiedades agrícolas en la región septentrional de Galilea (actualmente en el norte de Israel) para que se asegurara una renta y le regaló una casa solariega confiscada a un jeque druso que había caído en desgracia. Fue en ese momento cuando Mishaqa cerró su negocio de la seda y se dedicó a su tercer oficio: la agricultura. Solo tenía veinticinco años.

Llevaba cinco años dedicado a su nuevo oficio cuando la política regional volvió a perturbar la vida de Mishaqa: el ambicioso gobernador de Egipto, Mehmet Alí Pachá, se rebeló contra su señor, el sultán otomano, e invadió Siria. Tras veinticinco años en el cargo, Mehmet Alí se había convertido en un semiemperador por derecho propio. Tenía el control total de los ingresos de la agricul-

tura y el comercio de Egipto, lo que le reportaba una riqueza sin precedentes, y había reunido un poderoso ejército que ya había conquistado Sudán y la provincia árabe del Hiyaz, cuna de las ciudades más santas del islam, La Meca y Medina. En 1824, el sultán otomano ordenó a Mehmet Alí que enviara su ejército y su armada a Grecia para ayudar a reprimir una insurgencia nacionalista masiva que ya duraba tres años. El ejército egipcio invadió Creta y la mitad meridional de Grecia antes de que británicos, franceses y rusos intervinieran en apoyo de la independencia griega. En la batalla de Navarino de 1827, los buques de guerra europeos destruyeron la flota egipcia y enviaron a las tropas egipcias varadas de vuelta a casa. Desposeído de sus conquistas griegas, Mehmet Alí Pachá buscó compensación en otro territorio otomano. En noviembre de 1831, su hijo y generalísimo Ibrahim Pachá condujo un ejército a Palestina para conquistar las tierras sirias.

La invasión egipcia insufló una complejidad totalmente nueva a la política de Monte Líbano. Para preservar su posición de poder, ¿debía el emir Bashir II permanecer leal a los gobernadores otomanos de Siria o debía ponerse del lado de los invasores egipcios? Los principios de la *realpolitik* dictaban que se debía someter a la fuerza más poderosa. El emir Bashir envió a Mijaíl Mishaqa a observar al ejército de Ibrahim Pachá en acción en la ciudad costera de Acre, donde las fuerzas egipcias asediaban al gobernador otomano, que se había atrincherado en el inexpugnable castillo de la época de los cruzados.

Cuando Mishaqa llegó a Acre a finales de noviembre de 1831, el cerco egipcio estaba en su momento álgido. Vio veintidós navíos de guerra «golpeando Acre sin cesar y Acre, a la que ni siquiera se podía divisar por el humo de la pólvora, disparando a su vez».⁴ Permaneció veinte días con el ejército egipcio, evaluando su fortaleza y sus tácticas. Los defensores eran valientes y luchaban denodadamente, pero los egipcios los superaban en número y se atrincheraron para la victoria final. Mishaqa regresó a la población libanesa de Dair al-Qamar, la capital del emir Bashir II, para informar a

los príncipes Shihab de la situación y fomentar la neutralidad hasta conocer el desenlace del cerco de Acre. Las fuerzas egipcias tardaron seis meses en romper las defensas de Acre para conquistar la estratégica fortaleza a finales de mayo de 1832. Cuando el general egipcio Ibrahim Pachá partió de Acre rumbo a Damasco, le acompañaba su nuevo aliado, el emir de Monte Líbano Bashir II, junto con su séquito.

Las fuerzas egipcias dispersaron a los defensores otomanos de Damasco tras una breve escaramuza y ocuparon la ciudad a principios de junio de 1832. Mishaqa acompañó a su mecenas el emir Saad al-Din hasta Damasco, donde se sumaron a la campaña egipcia. Ibrahim Pachá no se demoró en la ciudad y aprovechó su ventaja para perseguir a los defensores otomanos. Los príncipes Shihab y sus vasallos lucharon con las tropas egipcias cuando estas derrotaron al ejército otomano en julio cerca de la ciudad mercantil de Homs, situada en el centro de Siria. Mishaqa se quedó en Homs un mes y medio, ejerciendo su cuarta profesión, la medicina.

Mishaqa había estudiado medicina por primera vez en 1828, cuando estuvo confinado en casa durante cinco meses con fiebre cuartana, una forma de malaria. Se hizo con algunos textos médicos en árabe y fue «capaz de entender lo esencial», pero «le desconcertaba la terminología técnica tomada de lenguas extranjeras como el francés o el griego». Solicitó que le instruyera el médico del emir Bashir II, un doctor italiano llamado Carlini, y «comenzó a ejercer la medicina gratuitamente» con la intención de «adquirir cierta experiencia práctica».⁵ Fueron unos comienzos humildes, ya que la medicina otomana en los años veinte del siglo XIX era una ciencia bastante modesta. En el campo de batalla de Homs en el verano de 1832, incluso un hombre con una experiencia tan limitada como la de Mishaqa era mejor que no tener ningún médico.

Tras la conquista egipcia de Siria, Mishaqa se afincó en Damasco, donde compró una casa y se casó a los treinta y cuatro años. Su esposa Isabel era hija de Mijaíl Faris, un greco-católico damasceño, y solo tenía once años cuando se casaron. Cuando un misione-

ro estadounidense le preguntó más tarde por qué se había casado con una muchacha tan joven, al parecer Mishaqa respondió que, «en su época, las jóvenes no recibían ninguna educación en casa y los jóvenes, que querían esposas bien formadas, tenían que desposarlas jóvenes para educarlas a su gusto». Isabel dio a luz a su primer hijo en 1838, cuando solo tenía quince años. En años posteriores, Mishaqa se referiría a su esposa como *janum* o «dama».⁶

Con una familia a la que mantener, Mishaqa se dedicó a ejercer la medicina. Cuando el gobierno egipcio envió al jefe de su servicio médico, el famoso doctor francés Antoine-Barthélemy Clot, conocido como Clot Bey, para que atendiera al creciente número de soldados enfermos y heridos en Damasco, Mishaqa aprovechó la ocasión para mejorar su formación. El doctor, que era originario de Marsella, había ingresado en el servicio médico egipcio en 1825 y había recibido el título honorífico de *bey*. Su principal preocupación eran las necesidades médicas del ejército egipcio, que sufría más bajas por enfermedad que debido a las heridas de guerra. Clot Bey convenció a Mehmet Alí Pachá para que fundara una escuela de medicina en El Cairo, argumentando que la mejor manera de proteger al ejército egipcio de los estragos de la enfermedad era «formar a médicos locales en lugar de solicitar los servicios de doctores europeos».⁷ De ahí la favorable actitud del médico francés hacia Mishaqa, que tenía más conocimientos y experiencia que el estudiante medio que ingresaba en la escuela de medicina egipcia. Como recordaría Mishaqa más tarde: «Le gustaba a Clot Bey y solía llamarme para que le ayudara en sus operaciones. No solo me dio todos los textos médicos que se habían traducido al árabe e impreso en Egipto, sino también instrumental quirúrgico». Posteriormente, Mishaqa fue nombrado jefe médico de Damasco, aunque, según admitió él mismo, «no era competente para ocupar ese cargo».⁸

El cambio de profesión de la agricultura y la política a la medicina resultó acertado, ya que durante la ocupación egipcia de Siria y Monte Líbano, Mishaqa estuvo al borde de la quiebra. Perdió su

trabajo con el príncipe Shihab de Hasbaya y no percibió ingresos de sus propiedades por culpa del saqueo de los soldados egipcios, las revueltas locales contra la ocupación y la sobrecarga fiscal del Estado egipcio. Aunque había ejercido la medicina gratuitamente en el pasado, a finales de los años treinta se vio obligado a cobrar por sus servicios. En 1847, durante una visita posterior a Egipto, completó su formación bajo la tutela de Clot Bey en la escuela de medicina cairota de Qasr al-Ayni, donde el profesorado le examinó y le concedió un diploma médico con el título de doctor. A partir de entonces, Mijaíl pasó a ser conocido como el doctor Mishafa.

La ocupación egipcia desestabilizó Siria y el imperio otomano en su conjunto. En 1840, las potencias europeas aunaron fuerzas con el gobierno otomano para obligar a los egipcios a retirarse de Siria. A finales de diciembre de 1840, Ibrahim Pachá abandonó Damasco para emprender la larga marcha de regreso a Egipto. Con la restauración de los otomanos en Siria y Monte Líbano, llegó el momento de la rendición de cuentas para los príncipes reinantes Shihab de Monte Líbano. El emir Bashir II fue depuesto en 1840 y se exilió en Malta. Le sustituyó un primo lejano, Bashir III, cuyo breve y mediocre reinado (r. 1840-1842) supuso el fin del dominio de la dinastía Shihab en Monte Líbano. Sin nada a lo que volver en Monte Líbano, Mishafa decidió quedarse permanentemente en Damasco.

En el curso de sus indagaciones científicas, el doctor Mishafa se volvió cada vez más escéptico de su fe greco-católica. Había tenido su primera «crisis religiosa» a los dieciocho años. Según sus propias palabras: «Había dogmas en los que pensaba que tenía que creer, pero ninguna mente sana podía aceptarlos». Con el paso de los años, las lecturas de los filósofos europeos de la Ilustración traducidos al árabe le confundirían aún más. Voltaire y Rousseau, basándose en la razón pura, rechazaban toda religión, mientras que Isaac Newton, «con toda su vasta erudición y elevado intelecto [...] era el que con más fiereza se aferraba a la religión y se oponía a quienes la rechazaban». Mishafa no era ateo. Siguió creyen-

do en Dios y temiendo la condenación eterna. Lo que buscaba era una religión bien razonada que pudiera conciliar fe e intelecto, y la encontró en la traducción al árabe de un tratado protestante publicado por misioneros estadounidenses en el Líbano. Según su reflexión posterior: «Lo que los mandatarios de mi iglesia enseñaban y las fábulas que contaban no tenían base alguna en el cristianismo; era todo una invención de los sacerdotes y no solo no estaba respaldado por las escrituras, sino que la mayoría de las veces las contradecían categóricamente. Se trataba simplemente de fortalecer el poder del manto eclesiástico, acumular la riqueza del pueblo y esclavizarlo».⁹ En 1844, Mishaqa se puso en contacto con unos misioneros estadounidenses para entablar con ellos un debate teológico.

A su regreso de Egipto, Mishaqa, quizá envalentonado por su diploma en medicina, tomó la fatídica decisión de abandonar la Iglesia greco-católica para abrazar el protestantismo en 1848. Su conversión causó alarma en toda la jerarquía greco-católica e incluso llegó a oídos del mismísimo patriarca, Máximo Mazlum, quien se puso en contacto con Mishaqa para tratar de mostrarle el error de su proceder. Cuando la persuasión no dio sus frutos, Mazlum desató toda la furia de sus poderes eclesiásticos pronunciando un anatema contra Mishaqa y condenando al apóstata en sus sermones y escritos. Sin embargo, el patriarca había encontrado la horma de su zapato. Según informaron los misioneros estadounidenses: «Nuestro amigo el señor Meshakah [...] es probablemente el laico nativo más inteligente del país, y el patriarca, el eclesiástico más docto». Su debate fue una batalla de titanes, que atrajo la «atención de todas partes [...] con mucho interés, por lo que estaba sucediendo entre ellos».¹⁰ Entre 1852 y 1860, Mishaqa escribió ocho libros en los que exponía los argumentos de sus debates con Máximo Mazlum y desmontaba las enseñanzas de la Iglesia greco-católica, todos ellos debidamente publicados en árabe por los misioneros estadounidenses en su afán por difundir argumentos a favor del protestantismo.

El doctor Mishaqa tuvo que pagar un precio por romper los vínculos con su comunidad religiosa ancestral, pero ser protestante le abrió nuevas puertas. Aunque seguía manteniendo a su familia con la práctica de la medicina, se sintió cada vez más atraído por el mundo diplomático. Sir Richard Wood, el cónsul británico con muchos años de servicio en Damasco, admiraba abiertamente a Mishaqa, a quien contrató en 1840 como dragomán (intérprete) del consulado británico en Damasco.¹¹ Lo irónico del nombramiento era que, pese a toda su erudición, Mishaqa nunca había aprendido una lengua extranjera. El misionero estadounidense Eli Smith escribió maravillado en 1844 que «su información general es realmente magnífica para alguien que solo sabe árabe».¹² Parece más probable que Wood (que hablaba árabe con fluidez y no necesitaba traductor) le nombrara dragomán para conceder la protección consular británica al brillante doctor. Aunque el nombramiento de Mishaqa como dragomán fue anterior a su adhesión al protestantismo, su conversión habría reforzado su derecho a la condición de protegido británico, ya que Gran Bretaña concedía protección a la pequeña iglesia protestante en los dominios otomanos, al igual que Francia actuaba como protectora de los católicos y Rusia de los cristianos ortodoxos.

Las misiones británicas y francesas adquirieron por primera vez el derecho a designar a sus dragomanes locales como protegidos gracias a sus tratados comerciales en el siglo xvii con la Sublime Puerta. Al ser protegidos extranjeros, los dragomanes recibían un *berat* (licencia) del gobierno otomano que les eximía del impuesto de capitación aplicado a todos los cristianos y judíos, así como de todos los impuestos irregulares que ocasionalmente exigía el gobierno cuando tenía dificultades financieras. Gracias al codiciado *berat*, los protegidos también disfrutaban de los mismos aranceles aduaneros ventajosos que los mercaderes europeos, lo que les confería una ventaja competitiva frente a todos los demás comerciantes otomanos (aunque tenían vedado por ley dedicarse al comercio, pocos veían esta prohibición como un impedimento). Y quienes

poseían un *berat* se beneficiaban del mismo estatuto jurídico extra-territorial que sus patronos europeos, lo que significaba que los dragomanes estaban sujetos a la ley de su Estado protector en lugar de a la legislación otomana. Lo que comenzó siendo una concesión otomana para fomentar las misiones comerciales extranjeras fue evolucionando a lo largo del siglo XVIII hasta convertirse en un sistema objeto de abusos generalizados, ya que las casas de comerciantes cristianos otomanos utilizaban sus contactos con los franceses y británicos para asegurarse el estatus comercial preferencial que confería el *berat*. A principios del siglo XIX, «pocos de aquellos súbditos otomanos protegidos prestaban servicios de traducción a los cónsules extranjeros».¹³ Así, no fue algo excepcional que en 1840 el cónsul Wood nombrara dragomán a un hombre como Mijaíl Mishaqa, que no hablaba inglés. No obstante, estos abusos causaron resentimiento en muchos funcionarios otomanos, que se oponían a que los miembros de las comunidades religiosas minoritarias estuvieran exentos de pagar impuestos y recibieran un trato tan preferencial con respecto a la mayoría musulmana. Los notables musulmanes de Damasco estaban aún más resentidos al ver que, gracias a sus vínculos con las misiones diplomáticas europeas, los cristianos locales conseguían ventajas legales y económicas que eran inaccesibles para los musulmanes. Los cristianos bien relacionados se volvían cada vez más ricos y poderosos a costa de la élite dirigente de la ciudad. Era una inversión del orden natural.

Para Johnson, el cónsul estadounidense en Beirut, que buscaba a la persona más adecuada para abrir una legación estadounidense en Damasco en 1859, el doctor Mishaqa se perfilaba como un candidato con unas redes y una experiencia inigualables. Contaba con el apoyo incondicional de la comunidad misionera protestante estadounidense, así como con la aprobación del problemático cónsul británico en Damasco, que había puesto obstáculos al acceso

comercial estadounidense a la capital siria. En una serie de cartas que intercambió con el embajador estadounidense en Estambul, Johnson obtuvo la aprobación para el nombramiento de Mishafa. El 1 de septiembre, Johnson escribió al cónsul británico Brant en Damasco para informarle del nombramiento de Mishafa. «Feliz de poder aliviaros así del aumento de preocupaciones que vuestra generosa atención a los asuntos estadounidenses ha añadido a vuestros deberes oficiales», concluía Johnson con un irónico broche de oro.¹⁴

Mijaíl Mishafa asumió sus funciones como vicecónsul de Estados Unidos en Damasco el 5 de septiembre de 1859. Cualquier esperanza que pudiera haber albergado de una transición sin contratiempos se disipó rápidamente. Mishafa necesitaba los documentos estadounidenses del consulado británico. Aunque las relaciones entre Estados Unidos y el cónsul Brant se habían tensado por culpa de la incautación de la lana, Mishafa había disfrutado de unos lazos cordiales con los británicos durante casi dos décadas, desde su nombramiento como dragomán y protegido en 1840. La primera carta de Mishafa en su primer día de trabajo iba dirigida a Brant, a quien agradecía su ayuda para conseguir el puesto de vicecónsul y ofrecía su plena cooperación para defender los intereses británicos en Damasco. El cónsul le devolvió sus buenos deseos, pero le dijo que sus funcionarios afirmaban que no podían encontrar ningún archivo relacionado con los intereses estadounidenses ni los sellos utilizados para certificar los documentos. Mishafa tendría que abrir su viceconsulado sin la documentación y tendría que buscar sus propios sellos para dar carácter oficial a su correspondencia.

El doctor no tuvo más éxito a la hora de conseguir la acreditación de las autoridades otomanas que el que tuvo a la hora de recuperar los archivos estadounidenses en poder de los británicos en Damasco. El embajador estadounidense en Estambul había enviado a la Sublime Puerta el acta formal de investidura (firmán), que nombraba a Mijaíl Mishafa vicecónsul de Estados Unidos en Da-

masco. Mishaqa remitió el firmán a la oficina de Ahmad Pachá, el gobernador de Damasco, y pidió una cita para confirmar su acreditación. Ahmad Pachá tenía poca simpatía por los súbditos cristianos otomanos como el doctor, que eludían las leyes y la fiscalidad otomanas gracias a la protección de potencias extranjeras. Su solicitud de una cita le fue denegada. La oficina del gobernador alegó que necesitaba más documentación de Estambul y pidió específicamente a Mishaqa que presentara el *berat* antes de que el gobernador accediera a reconocerle como vicecónsul designado por Estados Unidos. En realidad, según fuentes de Mishaqa, el gobernador dudaba de que hubiera obtenido el reconocimiento oficial otomano como súbdito británico. De ser un ciudadano otomano corriente, Mishaqa no tendría derecho a ejercer de agente consular de una potencia extranjera. Ahmad Pachá no le recibiría hasta tener la firme confirmación de la Sublime Puerta de su estatus legal.¹⁵ Hasta que Mishaqa fuera reconocido por el gobernador local, su nombramiento quedaría en el aire y su capacidad para actuar en nombre de los intereses de Estados Unidos se vería seriamente limitada.

Mientras el doctor Mishaqa lidiaba con la obstrucción tanto del consulado británico como del gobernador local, el cónsul estadounidense en Beirut le presionaba cada vez más para que hiciera progresos en los casos pendientes que afectaban a los intereses estadounidenses. Aparte del embargo de lana de los hermanos Tabet, el cónsul le presionaba para que se hiciera justicia en el caso de un misionero estadounidense llamado William Benton, al que habían atacado en la población montañosa libanesa de Zahlé a principios de año y cuyos asaltantes se habían refugiado en la provincia de Damasco. El cónsul Johnson presionaba a Mishaqa para que actuara con rapidez en el caso del embargo de lana de los hermanos Tabet y en el «escándalo de Benton» para defender la posición de Estados Unidos en Siria.

El «escándalo de Benton» era un caso delicado. William Benton y su esposa Loanza llevaban doce años en el Líbano predicando el

protestantismo. En mayo de 1859 se trasladaron para ampliar su labor de su casa en el pueblo de montaña de Bhamdun a Zahlé, una gran ciudad cristiana en la vertiente oriental de la cordillera que domina el valle de la Bekaa. Alquilieron una casa en el centro del pueblo, ofreciendo tratamiento médico e instrucción religiosa, y fueron acogidos calurosamente por la población local. «Nunca habíamos visto tanto interés por la instrucción religiosa», afirmaba Benton. Sin embargo, el obispo greco-católico de Zahlé no se mostró tan hospitalario con los extranjeros, que buscaban conversos en su rebaño, e incitó a la comunidad a actuar contra los misioneros estadounidenses. Tras solo dos días en Zahlé, los Benton oyeron que una multitud se congregaba frente a su casa y les gritaron que se fueran. La turba arrojó piedras y rompió las ventanas, irrumpió en la casa, cogió a los Benton y sus hijos, los sacó a la fuerza de Zahlé y los llevó a una aldea vecina. Al día siguiente, Benton cabalgó hasta Beirut para presentar una queja formal ante el cónsul estadounidense Johnson, quien lo llevó a ver al gobernador otomano en Beirut y exigir una reparación. Dos hombres fueron identificados como los cabecillas del ataque a la casa de los Benton en Zahlé y ambos habían huido de Monte Líbano para refugiarse en la provincia colindante de Damasco, fuera de la jurisdicción del gobernador en Beirut. Johnson presionó a Mishafa para que se reuniera con el gobernador en Damasco a fin de conseguir la detención de los hombres y su extradición a Beirut para que comparecieran ante la justicia, pero el gobernador no quiso recibir a Mishafa porque su documentación no estaba en regla.¹⁶

Los progresos del doctor Mishafa en el caso de la remesa de lana de los hermanos Tabet no fueron mejores que en el de Benton. Johnson escribió una carta para que Mishafa se la entregara a Ahmad Pachá, el gobernador de Damasco. En ella, Johnson le pedía que desembargara la lana comprada por los hermanos Tabet en nombre de una empresa estadounidense. Señalaba que Ahmad Pachá había incautado la lana a petición del cónsul británico y que los británicos no tenían ningún derecho legal a interferir en

la actividad comercial estadounidense. Johnson concluía con la advertencia de que si el gobernador no levantaba el embargo, haría personalmente responsable a Ahmad Pachá de cualquier daño que sufriera la lana como consecuencia de su incautación. Sin embargo, Mishaqa no estaba en posición de presentar la petición de Johnson en persona porque el gobernador se negaba a concederle una audiencia. En su lugar, hizo que uno de sus sirvientes entregara la carta de Johnson en la oficina del gobernador. La oficina de Ahmad Pachá respondió que el caso no le concernía, que era un asunto entre británicos y estadounidenses, y se negó a entregar la lana hasta que se lo pidiera el cónsul británico, lo que enfureció aún más al cónsul estadounidense en Beirut.¹⁷

A mediados de octubre, el cónsul Johnson no hizo ningún intento por ocultar su impaciencia ante los fracasos de Mishaqa. «No se ha sabido nada de usted en el último correo. Al ser este caso tan importante, no es correcto relajarse ni es posible pasarlo por alto», le regañó Johnson, aludiendo al escándalo de Benton. Una semana más tarde, Johnson volvía a escribir sobre el embargo de la lana: «Este asunto es demasiado importante como para renunciar antes de que se haga justicia. Este consulado estará listo para responder al consulado inglés a cualquier cuestión que se plantee sobre su conducta».¹⁸ Cada vez que recibía un toque de atención de Beirut, Mishaqa redoblaba sus esfuerzos, pero se encontraba todas las puertas oficiales cerradas mientras el gobernador Ahmad Pachá se negara a reconocer su nombramiento como vicecónsul. Parecía estar condenado a fracasar en su nuevo puesto antes incluso de que se le diera la oportunidad de empezar.

Mishaqa expuso en repetidos despachos enviados a Beirut los problemas a los que se enfrentaba al actuar en nombre de Estados Unidos sin poseer la acreditación del gobierno local de Damasco. El cónsul Johnson le escribió al embajador estadounidense en Estambul pidiéndole ayuda para desbloquear la situación. James Williams (1796-1869) ocupaba un cargo político y aquella era su primera misión diplomática. Nacido y criado en Tennessee, el enér-

gico Williams había dirigido una empresa de barcos de vapor en el río Tennessee, fundado un periódico en Knoxville y ayudado a establecer el primer banco en Chattanooga antes de llamar la atención del gobernador de Tennessee, Andrew Johnson (más tarde vicepresidente con Abraham Lincoln y, tras el asesinato de Lincoln, decimoséptimo presidente de Estados Unidos). Fue Johnson quien sugirió a Williams al presidente James Buchanan y su secretario de Estado, Lewis Cass, para un puesto diplomático en el extranjero. Williams fue nombrado para el puesto en Constantinopla y presentó sus credenciales al gobierno del sultán el 27 de mayo de 1858.

El embajador Williams, un hombre alto y fornido, con entradas canosas, un gran bigote castaño y una larga barba que le llegaba hasta el pecho, tenía un aspecto imponente. Los Williams se mezclaban cómodamente con la aristocracia europea, viajando por el Levante con el par angloirlandés lord Dufferin (nombrado posteriormente delegado británico en la comisión internacional sobre Siria en 1860) y el diputado conservador y secretario de Estado para las colonias lord Bulwer. Una de sus hijas se casó con un barón austriaco y la menor con un príncipe italiano. Williams y su esposa Lucy Graham tuvieron una buena acogida en la capital otomana y su embajada era célebre por «su hospitalidad sureña». A decir de todos, el embajador Williams era el hombre adecuado para trabajar en la cultura diplomática de la corte otomana.¹⁹

Alertada por el cónsul Johnson de la obstrucción oficial en Damasco, la embajada instó a la Sublime Puerta a confirmar que el doctor Mishafa disfrutaba del estatus de protegido británico y no era un súbdito otomano corriente. Una vez que la Puerta pudiera demostrar que, al ser súbdito británico, cumplía los requisitos para ocupar un puesto consular, la embajada podía pedir al gobernador en Damasco, Ahmad Pachá, que le reconociera como vicecónsul de Estados Unidos. Sin embargo, la Puerta se limitó a acusar recibo de la petición de la embajada estadounidense y no dio ninguna indicación de cuándo se podría resolver el asunto. Era una garantía de dilación e inacción.

El embajador Williams respondió de forma inmediata y extraordinaria. Sin previo aviso a sus subordinados en Beirut, embarcó con toda su familia (su esposa, sus tres hijos y su hermano William Williams) en el primer vapor con rumbo a la costa siria. Llegaron a Beirut el 10 de noviembre. El cónsul Johnson envió un mensaje especial a Damasco para avisar al doctor Mishaqa de la inminente llegada del embajador y de su petición de reunirse con el gobernador Ahmad Pachá. Esta vez el gobernador no tardó en responder y le pidió a Mishaqa que le avisara con dos días de antelación de la visita del embajador. El doctor no tenía ni idea del itinerario del embajador y le pidió reiteradamente a Johnson detalles más precisos. También solicitó que el embajador le honrara con una visita a su casa. Recibir a un dignatario de tan alto rango aumentaría su prestigio ante el gobierno local y la élite de Damasco.

El embajador Williams, su familia y el cónsul Johnson partieron juntos de Beirut a Damasco a caballo. Mishaqa envió un mensaje tanto al gobierno local como al cuerpo consular en Damasco para avisar de que el embajador de Estados Unidos llegaría a la capital siria el 16 de noviembre. La familia Mishaqa acogería a la familia Williams en su casa, donde se quedarían hasta el 23 de noviembre. Y ahí termina su relato de la visita a Damasco, ya que, al participar tanto el cónsul Johnson como el embajador Williams, no había necesidad de que Mishaqa informara a sus superiores del resultado de la intervención del embajador. Lo que sí sabemos es que, inmediatamente después de la visita del embajador, todos los obstáculos oficiales al cargo y la labor de Mishaqa se resolvieron con rapidez. Williams también convenció al cónsul Brant para que pusiera fin al embargo de la remesa de lana. Mishaqa señaló en un informe posterior: «De no ser por el honor de la visita del embajador a Damasco, nunca habría puesto fin» al embargo británico de la lana de los Tabet.²⁰ El misionero William Benton, en una carta fechada el 5 de diciembre, mencionaba que la visita de Williams «propició una grata resolución del problema» resultante de su expulsión de Zahlé y añadía que «de hecho, todos los embrollos de cada caso, en Yaffa,

Damasco y Zahlé, parecieron desaparecer ante su presencia y la impresión de su visita es de paz en todas partes».²¹

También es evidente que, durante su estancia, Williams convenció al gobernador de Damasco, Ahmad Pachá, para que recibiera al doctor Mishaqa en calidad de vicecónsul de Estados Unidos en Damasco. El hecho de que la familia Williams eligiera alojarse en casa de Mishaqa habría aumentado sus posibilidades de acceder al estatus diplomático. Inmediatamente después de la visita del embajador, Mishaqa escribió cartas a los demás miembros del reducido cuerpo consular en inglés, francés y árabe (las cartas extranjeras las tradujo su hijo Nasif) para notificarles su acreditación: «Tengo el honor de comunicarle que he sido nombrado vicecónsul de los Estados Unidos de América en Damasco y que, de conformidad con el firmán del sultán, he sido reconocido como tal por las autoridades locales».²²

Aunque la visita del embajador Williams había servido para que Mishaqa consiguiera la acreditación y se resolvieran los casos pendientes de Estados Unidos en Siria, apenas logró aliviar las tensiones subyacentes entre el nuevo diplomático y el gobierno local de Damasco. Tras la marcha de Williams, el gobernador de Damasco reanudó sus intentos de bloquear el nombramiento de Mishaqa. El 6 de enero, un mes después de la visita de Williams, Ahmad Pachá envió a la Sublime Puerta una carta en la que ponía en duda la situación jurídica y la idoneidad de Mishaqa para ejercer como diplomático extranjero. Incluso después de que la Sublime Puerta respondiera al gobernador con un decreto imperial que confirmaba el nombramiento de Mishaqa, Ahmad Pachá siguió obstruyendo la labor del viceconsulado de Estados Unidos.²³

En una carta fechada el 9 de febrero de 1860, Mishaqa se quejaba al consulado estadounidense en Beirut de que «el gobierno local sigue sin tratarnos con el debido respeto». Según el protocolo local, se esperaba que los nuevos miembros del cuerpo consular visitaran al gobernador, el tesorero y el juez supremo, quienes, por cortesía, devolverían la visita al consulado del diplomático. Misha-

qa señalaba que había cumplido las formalidades al pie de la letra, pero que, semanas después, ninguno de los funcionarios le había devuelto la visita. «No cabe duda de que es el gobernador quien prohíbe a los demás» corresponder a las visitas, «ya que el juez me había prometido visitarme» y no era propio de este no cumplir sus promesas. Al fin y al cabo, se trataba de personas a las que Mishaqa conocía bien tras llevar años siendo médico jefe de Damasco y una de las personalidades cristianas más destacadas de la ciudad. Mishaqa insistía en que no se trataba de un desaire personal. Lo que le preocupaba era que el gobernador y sus funcionarios estuvieran haciendo pública su falta de respeto por Estados Unidos de un modo que acabaría perjudicando los intereses estadounidenses en el futuro. Mishaqa ya se estaba encontrando con la obstaculización oficial de una serie de asuntos consulares por culpa de la animadversión del gobernador.²⁴

Mishaqa afirmaba que el incumplimiento del protocolo era todavía más flagrante, ya que los funcionarios habían intercambiado visitas recientemente con el vicecónsul de Bélgica, el agente consular de Grecia y el vicecónsul de Rusia. La diferencia obvia era que prácticamente todos los diplomáticos del cuerpo consular en Damasco, excepto el doctor Mishaqa, eran extranjeros: el señor Makeiff de Rusia, el cónsul británico Brant, el francés M. Outrey, el vicecónsul Pffachfinger de Austria y el señor Spartali de Grecia. Puede que en otros pueblos y ciudades de Siria fuera una práctica habitual que los cristianos locales con el estatus de protegidos extranjeros ocuparan puestos consulares, pero Damasco era claramente más conservadora y mantenía una segregación más estricta entre la mayoría musulmana y las comunidades minoritarias. Como resultado, había algo inquietante en la hostilidad de Ahmad Pachá hacia el nombramiento de Mishaqa que ninguna visita diplomática iba a resolver.

El embajador Williams tampoco volvería a Siria. En 1860, Estados Unidos estaba cada vez más dividido en torno a las cuestiones de la esclavitud y los derechos de los estados. James Williams

y su esposa eran, en consonancia con la política de Tennessee en aquella época, firmes partidarios de la esclavitud y criticaban abiertamente el abolicionismo. Al pasar estas cuestiones a un primer plano en un año de elecciones presidenciales, Williams dedicó su tiempo libre a escribir ensayos a favor de la esclavitud. Al estallar la guerra de Secesión, dimitió de su cargo de embajador de la Unión y apoyó a los Estados Confederados de América en mayo de 1861. Aparte de una breve visita a Estados Unidos tras la guerra, después de que el presidente Andrew Johnson le indultara de los cargos de traición, Williams pasó el resto de su vida en Europa, despojado de sus propiedades en Estados Unidos y sin reconciliarse con un sur libre de esclavitud. Parece que nunca volvió la vista atrás, a Siria o el imperio otomano, y vivió consumido por las divisiones que asolaban Estados Unidos.²⁵

No era un comienzo muy propicio para la carrera diplomática del doctor Mishaqa. El gobernador de Damasco seguía mostrándose hostil con el nuevo vicecónsul de Estados Unidos incluso después de una visita extraordinaria del embajador. Según las normas antiguas que regían la posición social en Damasco, en las que las minorías no musulmanas estaban protegidas, pero seguían siendo ciudadanos de segunda clase, el doctor Mishaqa, al ser un cristiano sirio, había olvidado cuál era su lugar al reclamar un estatus diplomático equiparable al de los diplomáticos británicos, franceses y rusos. El gobernador simplemente se negaba a honrar a un cristiano local con la clase de visita oficial reservada a los representantes extranjeros de las grandes potencias. La hostilidad que el doctor Mishaqa encontró en el gobernador no fue un caso aislado, sino que reflejaba las peligrosas tensiones que estaban poniendo a los musulmanes en contra de los cristianos de Damasco al adentrarse la ciudad en el fatídico año de 1860.